

jer casada, que ignore tu arribo, que desconozca a lo que vienes, y que no sepa, aunque tú creas que no te han visto, de que color es tu corbata, si eres rubio o moreno, si eres desaliñado o elegante, si tienes novia o no...

—¡Pero cómo demonios van a saber todo eso! ¿Dime?

—¡Ah!, esa es una pregunta a la que yó no puedo dar respuesta; pero no dudes que cuanto dije es cierto, como también lo es que, aunque yo no lo he dicho, ninguna ignora que esta noche vas a asistir al baile.

—Lo que no dudo yo es que me estás tomando el pelo...

—¡Alto allá, señor mío! Confiesa tu extrañeza; pero no echés a mala parte mis afirmaciones.

—Muy verdaderas por cierto, Fernandito. Y aunque a usted le sorprenda la nueva, sepa que en los pueblos pequeños, aunque no lo deseemos como a ¡uel personaje célebre, las paredes de las casas son de cristal a cuyo través mira hasta saciarse, la ajena curiosidad —afirmó la madre de mi amigo, que escuchado había la última parte de nuestro diálogo.—¿Recuerda usted de aquélla comedia de los Quintero, «Puebla de las mujeres? —añadió después.

—Sí, señora; pero no veo relación entre esa comedia y éste caso. Además en el teatro, siempre se exagera: la realidad dista mucho de la ficción.

—¡Sí, eh!—exclamó Pepe —pues no olvides aquéllas palabras del médico quinteriano, y que yo te repito a tí ahora: ¡Tú toreas, Fernandito!

—Todo es posible cuando ellas quieren, mejor dicho, cuando nosotras queremos (aunque yo, en realidad, por mis muchos años, estoy ya apartada del mundo). Usted es muy joven aun, Fernando, y cree, porque ha vivido un poco y ha tratado unas cuantas mujeres, que conoce la vida, y, que ha explorado el corazón de la mujer, Nada más lejos de la realidad: que no conoce la vida se lo ha demostrado el hecho de asombrarse por lo que mi hijo le decía hace un instante acerca de como se propalan en los pueblos las noticias; que no conoce el corazón femenino se lo está diciendo su actitud al dudar que toda muchachita sabe en estos instantes quién es usted, a qué vino, y a donde va. Y no olvide este cuentecillo por lo que pudiera servirle:

«Una vez, allá en remotos tiempos, hubo un sabio empeñado en el arduo problema de representar, gráficamente, las imágenes de la Complejidad y de la Sencillez.

A punto estuvo de renunciar a la obra en más de una ocasión; pero su amor propio, de un lado, y el ser encargo real aquella labor, de otro, se lo impedían.

Al fin, tras mucho cabilar y pensar mucho, halló la ansiada solución; y, corriendo, se trasladó a palacio a dar la grata nueva al Soberano.

ERRATA IMPORTANTE

En esta página, penúltima línea de cursiva, se ha compuesto el verbo cavilar con b. También en el primer párrafo del mismo tipo de letra aparece Complejidad y no